



Katia, redonda

Contemplo unas figuras montadas sobre caballos
–en un cuadro que me regalaste–
y las figuras, hombres o mujeres, niños o niñas,
son redondas,
y también los caballos son redondos,
y de repente se me ocurre que tus nombres son redondos
–Katia, Ana–
y redonda es tu cara,
como tu expresión,
amable y cálida,
–toda tú llena de “as”–,
como tus dibujos,
tus composiciones
o tus esculturas,
y redondo es también tu recuerdo,
querida Katia.

Unos trazos consiguen crear redondos centauros entrelazados
con una expresión de movimiento asombrosa y sugerente
para los ojos que contemplan
–qué privilegio, aquí, sobre la pared de mi casa–.
El movimiento es continuo,
unos van, otros vienen...

Te conocí en una encrucijada,
dejando atrás una etapa de tu vida
–iniciada con la crueldad de la guerra que asesinó a tus padres
y concluida con la jubilación–,
para dejarte llevar por la libertad de hacer lo que te diera la gana,
volver a los orígenes,
pintar como pintabas con tu padre,
matricularte en bellas artes,
entrar en un colegio mayor,
pintar y esculpir lo que te daba la gana,
tus formas redondas
de alegría o desesperación,
empapadas de vitalidad,
de fuerza para vivir
con lo bueno y con lo malo;
recuperar y desarrollar tu creatividad,
joven y libre como un pájaro
cuando la mayoría se agosta para anticipar la ancianidad.
Y en ese vuelo de libertad,
el apoyo del clan que creaste dando sus frutos,
Katia, Ana, Concha,
–siempre tantas “as”–,
el clan, tan redondo, tan obra tuya,
incluso con nietos algo perplejos
y yernos entusiastas,
cobijando y respetando
tu creatividad y tus ansias de libertad,
tus caballos, tus centauros...

Enhorabuena, querida Katia,
redonda es la bondad de tu recuerdo.